

Recensiones

Francois Varone. *El Dios ausente. Reacciones religiosa, atea y creyente*. Santander: Sal Terrae, 1987, 230 páginas.

Ante el vacío existencial de muchas vidas y el sentido de muchas existencias pareciera que Dios debiera intervenir para poner fin a estas situaciones insoportables, pero Dios pareciera permanecer ausente. Esta es la gran pregunta de la cual parte el autor.

Su tesis sostiene que entre el deseo espontáneo del hombre de que Dios intervenga a su favor y la revelación cristiana hay una doble ruptura. La primera y más importante se produce porque el Dios que se revela en la fe es completamente distinto del que segrega natural y espontáneamente la religión humana. Existe, pues, ruptura entre religión y fe. El Dios de la religión es creación humana, no así el de la fe. Este es el objetivo de la primera parte del libro.

Para la religión, Dios es un poder que el hombre hace reaccionar en provecho propio. Para la fe, por el contrario, Dios actúa y hace vivir al hombre y a éste le toca acogerlo.

La segunda ruptura se da porque el Dios de la fe, incluso después de revelado y creído

como completamente distinto, sigue siendo inaprehensible para el deseo y las necesidades del hombre. El Dios de la fe sigue siendo para el creyente un Dios ausente. Paradójicamente, la mejor verificación de la experiencia creyente de Dios es su ausencia, pues el deseo humano no proyectaría un Dios ausente. La relación Dios-mundo, caracterizada por la ausencia de Dios, constituye el tema de la segunda parte del libro.

La religión espera inducir a Dios a intervenir útilmente para hacer realidad los deseos y necesidades del hombre. La proyección es plausible para quien la religión no representa ya un hecho sagrado e intocable, concretamente, para el hombre moderno.

Pero para la fe, por el contrario, Dios hace existir al creyente, no interviene útilmente a su favor. Dios deja que el hombre cargue con todo el peso de su vida y del mundo y los lleve a ambos a su realización. Dios no interviene en función del deseo, ni siquiera en función de los gustos de sus creyentes. "Decididamente, no hay protección que valga. Incluso para el creyente, el Dios de la fe sigue siendo un Dios ausente" (p. 84).

La presencia-ausencia de Dios le explica

recurriendo al concepto bíblico de abscondeidad: el Dios oculto, pero presente (p. 91). No es el Dios demasiado ausente por inexistente del ateísmo, ni el demasiado presente de la religión.

Si bien la categoría utilizada es muy sugerente, el intento de explicación de la abscondeidad de Dios es débil. Según el autor, Dios no interviene para poner orden por razones pedagógicas (p. 146). Dios ejercería una pedagogía de libertad y crecimiento, según el autor (p. 148). Esta explicación pedagógica parece querer explicar racionalmente el ser mismo de Dios, cosa vana e inútil.

Por lo demás este es un libro con un trasfondo de 15 años de enseñanza, de encuentros, conferencias, sesiones con laicos, estudiantes y sacerdotes. Esta experiencia se refleja en gráficas y esquemas útiles para este tipo de exposiciones.

Christian Duquoc recomienda fuertemente este libro en su presentación, "por su seriedad y por la pasión que le anima," y porque "puede despertar a otras evidencias distintas de las evidencias comunes que nos ocultan el rostro del Dios de Jesucristo."

R. C.

Evangelista Vilanova. *Historia de la teología cristiana. I De los orígenes al siglo XV*. Barcelona: Editorial Herder, 1987, 1050 páginas.

Este libro tiene pretensiones modestas a pesar del número de páginas. Su autor, un especialista en el tema, no pretende ofrecer una síntesis acabada, sino que presenta una visión panorámica de cómo se ha hecho la teología hasta el siglo XV. Esta tarea es para él urgente e importante de cara a la reflexión sobre Dios. Es decir, la teología actual no puede prescindir de las formas cómo se ha hecho teología en el pasado ni de sus contenidos.

Vilanova muestra una importante conciencia histórica en la elaboración de esta larga obra. Su profunda conciencia histórica lo lleva a insistir en la relatividad de los conceptos teológicos, muchos de los cuales han pasado por absolutos. En este sentido, esta obra es un importante ejercicio de crítica histórica. Hay mucho que aprender aún sobre este tema dentro de la Iglesia. En la década actual la perspectiva histórica se ha convertido en algo muy importante desde que los sectores más reaccionarios han colocado el origen de la tradición en el siglo XIX y a veces incluso en Pío XII. Frente a estas falsas tentativas, esta obra es una invitación seria a dialogar de modo franco y auténtico con el pensamiento de las grandes figuras de la teología.

El libro se encuentra dividido en cinco grandes secciones. En la primera, dedicada a la llamada teología del "principio," se expone la teología bíblica del Antiguo y del Nuevo Testamento, y se ofrecen algunas anotaciones sobre las confesiones de la fe de la Iglesia primitiva.

La segunda sección está dedicada a la patristica, insistiendo en el paso del credo a la teología y en la formulación del método científico de ésta.

La tercera sección comprende la edad media bizantina, recogiendo de esta forma una serie de aspectos históricos y teológicos fácilmente olvidados por las historias tradicionales a partir del cisma. En esta obra se recoge esta tradición bizantina como algo muy importante porque ella también forma parte de la tradición cristiana.

La cuarta sección está dedicada a la teología monástica occidental. Esta teología también suele ser pasada por alto, pero en ella se encuentra una teología fundamentalmente bíblica que surgió entre los padres y la escolástica. Esta reflexión monástica se esforzó en hallar el sentido de la Escritura y en encontrar una nueva comprensión de la fe.

La última parte está dedicada a la escolástica y presenta, primero, el método y su novedad, las escuelas del siglo XII, incluidas las corrientes escolásticas no cristianas, las novedades del siglo XIII, las teologías franciscana y dominica, la universidad de París y los horizontes del siglo XIV. Finalmente, y como se trata de un autor catalán, no podía faltar la nota autonómica, y hay, por lo tanto, un largo y desproporcionado capítulo sobre la teología en los países catalanes.

Vilanova no saca todo el provecho de la historicidad de los conceptos filosóficos y teológicos, sólo da elementos para una discusión posterior. Es poco crítico en la exposición de los diferentes sistemas teológicos, evitando mostrar la problematicidad de cada uno de ellos.

En la misma línea de la historicidad falta referencia a la sociedad en la cual vivieron los filósofos y teólogos. Más bien se trata de una historia de las ideas, sin relación con la sociedad. En este sentido no queda clara la tensión entre fe y sociedad que él quiere mostrar. Lo social está muy implícito y ello no ayuda a explicar la constitución de mentalidades tan distintas como la occidental y la oriental, ni la formulación última de las diferentes teologías occidentales. Esta falta de criticidad lo lleva a exaltar a la escolástica en detrimento de sistemas teológicos posteriores. El relativismo histórico que quiere demostrar lo pierde en la exposición de las supuestas eternas bondades escolásticas.

De todos modos una cosa sí queda muy clara, la teología cristiana no ha sido monolítica. En este sentido, Vilanova ha sido fiel a las fuentes y ha recogido la tradición de las ideas teológicas en toda su riqueza y complejidad.

Esta obra es un valioso complemento para la teología sistemática, la espiritualidad y la historia de la Iglesia. Quizás su longitud no anime al lector a leerla de un tirón, pero es

sumamente útil como instrumento para consultas.

R. C.

Luis González Carvajal. *Los signos de los tiempos. El reino de Dios está entre nosotros...* Santander: Sal Terrae, 1987, 236 páginas.

Este libro tiene la intención de reivindicar el sentido bíblico original de los signos de los tiempos como signos del reino de Dios frente a la imprecisión con que se usa el término usualmente. En efecto, no todos los signos de la época son signos de los tiempos, sino tan sólo aquéllos que hacen presente el reino de Dios. Esta opción está justificada en el primer capítulo de la primera parte, donde el lector encuentra una teología fundamental de los signos de los tiempos, entendida como formulación de estructuras básicas formales. En el segundo capítulo se elaboran criterios hermenéuticos que permiten distinguir cuáles son los signos del reino de Dios.

En la segunda parte se aplican estos criterios hermenéuticos a tres fenómenos que el autor considera característicos del mundo actual: la lucha contra la pobreza, el ascenso de la conciencia democrática y los progresos de la medicina. Estos tres fenómenos se presentan como paradigmas de lo económico, lo político y la ciencia, y los tres son considerados como signos de los tiempos con sus respectivos peligros y antisignos.

Como la revelación no aporta todos los datos necesarios para interpretar los signos de los tiempos, González C. propone como gran novedad el aporte de las ciencias sociales, algo que ya la teología de la liberación tiene aceptado como punto de partida. En este caso, el autor expone el aporte del marxismo y del funcionalismo, pero concluye sin tomar partido.

Aparentemente, rehuendo cualquier tipo de compromiso, González concluye que ninguno de los métodos de análisis le satisface,

y, por lo tanto, aconseja al lector informarse lo mejor que pueda y hacer su propia síntesis personal. Esta síntesis debe contrastarla con la revelación y la tradición. Finalmente, el discernimiento de los signos de los tiempos concluye refiriendo el posible signo a sus destinatarios, es decir, si el presunto signo tiene capacidad significativa en el universo espiritual.

El problema con este planteamiento se encuentra en el punto de partida, pues no es asunto de métodos, sino de realidad. El método es un instrumento para aproximarse a la realidad misma de las cosas. Esta falta de compromiso con la realidad hace que los discernimientos sobre la pobreza, la democracia y la medicina pequen por su simplismo.

La lectura de los signos de los tiempos no busca comprender cristianamente lo que ocurre en el mundo, sino también orientar correctamente el compromiso de los creyentes para promover los signos del reino y purificarlos de los antisignos. Pero para ello es indudable la necesidad del compromiso en una sociedad conflictiva, lo cual lleva a tener que pronunciarse y definirse desde el conflicto y no escabuyéndolo, tal como aparentemente hace el autor en el momento de aterrizar en sus discernimientos. Sin embargo, la obra es valiosa para quienes empiezan a tratar de descubrir la voluntad de Dios en el mundo.

R. C.

Gérard Fourez. *Una buena noticia liberadora. Evangelio para un mundo en crisis*. Santander: Sal Terrae, 1987, 284 páginas.

La finalidad de este ensayo es hacer viva de nuevo la Buena Noticia, liberándola de las formas estereotipadas y de los modelos establecidos del discurso religioso. La novedad de este libro está en que dice cosas significativas donde otros se limitan a repetir fórmulas manidas, algunas incluso pertenecientes a la jerga "progresista."

La obra tiene tres partes. La primera presenta la Buena Noticia de Jesucristo desde una perspectiva particular, evitando las presentaciones positivistas y objetivistas de la fe. El punto de vista que el autor propone afirma que el mensaje esencial de la realidad religiosa guarda relación con el sentido de la realidad y no con su observación ni mucho menos con su cosificación.

De lo que se trata es de una experiencia de salvación, de la experiencia de haber sido salvado (liberado). Tal experiencia se produce a través del evangelio y de las personas que siguen a Cristo y que luchan para hacer posible la justicia y la esperanza donde predomina el mal, la opresión y la alienación. En consecuencia, la salvación (liberación) tiene necesariamente una dimensión social y política. Desde esta perspectiva, el autor sugiere leer el evangelio de Marcos para saber quién es Jesús.

Son especialmente sugerentes las páginas dedicadas a la lucha de clases y la comunión cristiana, siempre en el contexto de una sociedad estructurada sobre contradicciones económicas. El autor no pierde de vista en sus reflexiones teológicas que está hablando de una sociedad que oprime y explota, en virtud de sus estructuras económicas.

En la segunda parte examina algunos conceptos teológicos tradicionales (bautismo, y pecado original, gracia, sacramento del perdón, sacerdocio, ministerios y estructuras de la Iglesia, reconocimiento de una celebración cristiana) tratando de ver su sentido a la luz de lo dicho antes. En esta parte, así como en la anterior, es especialmente sugerente la teología sacramental al privilegiar la realidad histórica.

En la tercera parte aborda corrientes filosóficas e ideológicas contemporáneas (teologías e ideologías, análisis ideológico de textos religiosos, la situación de lo religioso, la moral cristiana, la concepción cristiana del conflicto, la medida y el perdón, Dios es amor, la tolerancia y el anuncio de Jesucristo,

la oración y la celebración en la comunidad cristiana, la vida contemplativa en una sociedad del "rendimiento") y el impacto que han producido en la teología actual. Todos estos estudios están hechos también desde el conflicto social. El autor trata de encontrar sentido real al evangelio en medio de este conflicto, proponiendo soluciones audaces, precisamente motivado por su deseo de ser fiel al evangelio.

El autor afirma sin ambagues que desconoce toda aquella celebración o manifestación religiosa que oculte en exceso lo que vive. Además, le parece que el encuentro con las contradicciones sociales y con el mal es esencial para que las celebraciones sean eficaces en orden a transformar de algún modo las comunidades y la sociedad. Por lo tanto, para que una celebración sacramental o una manifestación de fe sean auténticas deben tocar el misterio del mal y del combate de Dios, pues el misterio cristiano es liberación y no mera prolongación de la plena reali-

zación humana, tal como tienden a considerarlo las clases medias, a través de la persecución de la dicha individual.

El método utilizado es el del contraste, pero sin endurecer ni forzar las oposiciones. Fourez no abusa de su propio método, sino que su flexibilidad resulta iluminadora y revela la dinámica de la misma vida. Por otra parte, cuando siente que el lenguaje de la teología clásica resulta equívoco o encierra una "trampa," es decir, cuando va asociado a algo distinto de lo que pretende decir, intenta evitarlo. Se trata de buscar nuevas formas de expresar el mensaje de Cristo, pero sin caer en simples traducciones de las antiguas, porque la variedad del discurso vehícula una variedad diversa de sentido, en la línea de más autenticidad.

El libro está dedicado a cristianos para quienes el discurso religioso clásico se ha convertido en un obstáculo en lugar de una ayuda.

R. C.

